

cen mas fáciles para encontrarse están tan lejos como las otras. Un hombre tiene gustos sencillos y modestos: retirado á la soledad no sacrifica á ninguno de los ídolos del mundo, deja lo que tanto anhelan los hombres, la gloria y las riquezas; y no tiene mas aspiraciones que ver asegurado un pedazo de pan que le produzca su trabajo y que coma sin inquietud, una mano que oprima su mano ántes de dar el último suspiro y un corazon en que apoyar su cabeza. !Esto es poco sin duda! Bien, esto poco no le será concedido, eso poco será el patrimonio de otro hombre que no se conformará con él á ningun precio, y se consumirá en deseos acusando á la Providencia.

“En tanto que yo me abandonaba á mis ilusiones, enmedio de mi soledad, Andrés se enfadaba de la ciudad. Las recomendaciones de nuestro anciano protector le habian abierto todas las puertas, y su talento por la música lo hacían agradable y necesario. Andrés fué aplaudido, alabado y envidiado; pero no por esto llegó á alucinarse. Si en el órden físico, la distancia disminuye los objetos, no sucede lo mismo en el órden moral. Es necesario no ver demasiado cerca el torbellino del mundo, si se quiere comprar á cualquier precio sus alabanzas y sus aplausos. El valor del elogio tiene su mérito por la persona que lo da y cómo extimarlo cuando por todas partes no se vé mas que las apariencias flotantes de la felicidad? Disgustado, por el contrario, y no viendo por todas par-

tes mas que pasiones sin nobleza, alianzas sin amistad, fiestas sin placer, intereses envidiosos en presencia de vanidades peligrosas, Andres se deja contagiar del desencanto, enfermedad de la época. Esquivó las reuniones, ó cuando fué obligado á asistir á ellas no tuvo atencion mas que para un solo objeto, su reloj. Siempre precisado á huir, sus ojos se fijan en la aguja demasiado lenta á quien dice “Anda, anda mas aprisa.”

“Todos los sábados venia al Cabo y se quedaba hasta el lunes por la mañana. Cuando estaba solo conmigo en el aposento donde dormiamos, me hablaba de sus disgustos, que él llamaba insoportables. Me aseguraba que en el mundo, sopena de pasar por un espíritu romancesco y de atraerse los mas estúpidos sarcasmos, el jóven debía de poner todo su cuidado en disimular todo aquello que sentia en sí, de puro, de elevado y de generoso; que por el contrario, es del mejor tono rebajarse hasta el nivel del bruto y hacer una grande ostentacion de un materialismo digno de la mas profunda piedad.

“Este cinismo, agregaba Andres, es llevado á tal extremo. que la mayor parte de los jóvenes hacen alarde de vicios que no tienen. La conclusion era que la mansion en la ciudad le era de dia en dia mas insoportable, y que renunciaba de buen grado á la carrera mas brillante por participar de mi soledad, de mi trabajo y de mi reposo.”

“El desengaño ha venido á ser una enfermedad social, y muy pocos hombres en este siglo la han evitado del todo. No ataca de una misma manera á todas las organizaciones: sabe tomar mas de una forma, y de cualquier modo y bajo cualquier aspecto que ella nos sorprenda, cuando se ha apoderado de nosotros, se nos adhiere como la incendiada túnica del centauro; y si por un esfuerzo sobrehumano no logramos librarnos de ella, nos consume hasta los huesos. Entre estas víctimas es necesario contar desde luego á aquellos que entran en la vida como á una ciudad entregada al pillaje y que se apresuran á destruirlo todo, á quemarlo todo, á mancharlo todo. Los inútiles, los holgazanes, vienen en seguida, encorabados bajo el peso de su fastidio. Otros no ceden al desencanto, sino despues de haber embotado su valor en innumerables conquistas. Desheredados de la tierra, no teniendo absolutamente, como el Hércules de las ficciones paganas, la fuerza de sofocar las serpientes arrojadas sobre su lecho, sienten que el imposible se presenta delante de ellos, para cerrarles todos los caminos de felicidad.

“En fin, hay todavía enfermos que no lo merecen sino porque respiran en una atmósfera dañada. Creadas para la admiración, el entusiasmo, los sentimientos nobles y elevados, estas almas originales, comprenden desde luego su aislamiento, y semejantes á la sensitiva, el menor contacto, aun la sombra misma, las ofende. Estas al-

mas tienen todos los caracteres de la virtud, excepto la resignación y la confianza en Dios.

“La confianza en Dios y la resignación, faltaban igualmente á mi hermano. Sufria; yo le indicaba el remedio, pero él no hacia nada para curarse. Las miserias que lo alejaban del mundo no lo atraían á la religión. Se quejaba de no tener fé, pero no buscaba los medios de ilustrarse. Andrés no era, no podía ser feliz. Sus mejores días eran los que pasaba con nosotros: volvía á encontrar el gozo acompañándonos á Saint-Trémeur, á Saint-Adrien, á los bosques de Casquer y de Kerérault. Durante nuestros largos paseos, no hablaba mas que breton, recordaba las antiguas canciones del país, y cantaba con su voz llena y sonora, la historia de Cathel Colet, esta jovencita, que figura á uno de los ángeles del Calvario de la parroquia, y que fué castigada severamente por haber amado demasiado el baile. Despues se interrumpía de improviso, arrojaba una mirada á mis vestidos, y suspiraba al ver cuán diferentes eran los suyos.

“Yo he conservado un recuerdo demasiado vivo de dos de estos paseos. La impresión que ellos causaron en Andrés, le hicieron permanecer en el Cabo. Ellos han decidido de su suerte y de la mía.

Esto pasaba dos años despues de nuestra vuelta del colegio, llegábamos á los veinte años. Un

domingo por la mañana Natividad nos propone ir reunidos á visitar á un pobre tejedor que habitaba en la aldea de Fontaine-Blanche. La semana precedente, no habia podido venir á la Casa del Cabo, donde hacia mas de un mes que trabajaba durante el dia. Estaba enfermo, su esposa nos lo habia dicho y nuestra hermana que lo sabia, demasiado pobre, habia vendido el producto de sus ruecas para llevarle un socorro.

“A la salida del sol, Natividad toma su canastilla de mimbre y nos pusimos en camino. Despues de haber oido misa en la iglesia del lugar, consagrada al príncipe de los apóstoles, seguimos un camino al traves de los campos de trigo negro, de lugares incultos, de praderas cortadas por arroyuelos, y apercibimos al punto el campanario y las viejas encinas de Notre-Dame de la Fontaine-Blanche. La leyenda refiere que en los tiempos antiguos habia en este mismo lugar otra capilla. Por causa que ignoro, la capilla fué destruida y la estatua de la Santa Virgen se depositó en la iglesia de la aldea.

“Al dia siguiente la estatua no se encontraba ya en la parroquia; y se la encuentra en la copa de un sauco, en medio de las ruinas de su primera iglesia. Se le lleva de nuevo á la aldea, y por segunda vez se vuelve de nuevo á su florido jardin. No se le pudo arrancar hasta que no se determinó reedificar la capilla. Entonces

se deja llevar y permanece en la parroquia hasta que se termina el edificio.

‘ Despues, en varias ocasiones, una claridad milagrosa brilla de improviso en la aldea, una luz sale de la iglesia de Notre-Dame du Relec, en Leon, y atravesando el Elorn, viene derecha á la Fontaine-Blanche, donde se detiene algunos instantes delante del altar para irse á perder en seguida en las alturas del Ménez-Hom.

“No dejamos de arrodillarnos al pasar por delante de la imágen de María. Andres me habia dicho la víspera:

“Quisiera seguir tus consejos y ocuparme en estudios religiosos: pero cuando quiero detener mi pensamiento en Dios, en la inmortalidad del alma y en todos esos grandes misterios, mi espíritu se turba, la confusion le embarga, y me es necesario ponerlo en otra parte.”

“Me acordé de estas palabras, y me dirigí á la Consoladora de los afligidos, á la Salud de los enfermos, para ilustrar á mi amigo.

“Al salir de la capilla venerada, encontramos al primogénito de los hijos del tejedor. Sus vestidos eran de gruesa tela, muy usados, y andaba con los piés descalzos. Demasiado jóven para comprender la miseria, nos acogió con aire fes-

tivo y saltando alegremente á nuestro encuentro. Nos condujo á la casa de su padre. El enfermo habitaba un establo abandonado que él mismo había reparado. Esta casucha no tenía ventanas, y solo recibía la luz por un agujero practicado en el muro para dar paso al humo, y también por la puerta, que permanecía constantemente abierta. Por lo demás, allí no había un campo para sembrar trigo ó donde cultivar algunas legumbres, ni un rincón de tierra donde colocar una rueda, ni donde plantar rosales; solamente en la escarpa vecina, á lo largo del sendero, crecían y se dilataban en confusa y encantadora mezcla, las violetas, las primaveras, las margaritas, rojas y blancas, y su verdura y frescos colores hacían que la cabaña fuera menos triste. Al verla nosotros, bendecimos á la Providencia, que tiene cuidado de hacer en el camino público estos jardines de los pobres que no tienen otros.

Atravesando un largo arroyuelo que estaba cerca de la morada del tejedor, tuvimos un nuevo encuentro: dos hermanos de nuestro pequeño guía estaban allí, acostados sobre la yerva, inclinados bebiendo agua en medio de los iris azules y amarillos. No se desviaron al ruido de nuestros pasos; pero Natividad se deslizó dulcemente detrás de ellos, y envuelve la cabeza del mas pequeño en su delantal, en tanto que de improvisó tomó al otro en sus brazos.

“¿Qué veis en ese arroyo? les preguntó en breton.”

“Vemos el sol, respondieron los niños. Allá arriba en el cielo nos lastima la vista; pero aquí en el agua podemos verlo.

¿Os agrada mucho el sol? dijo Natividad.

“¡Oh! sí, dijeron los niños, y los pajarillos también.”

“La respuesta de estos niños, me hizo meditar. Los ojos, deslumbrados por el sol, me hicieron pensar en el espíritu cegado por los misterios. Y me preguntaba si para admirar y amar el cristianismo, no podía contemplarse de otra manera que en esas altas regiones donde nuestra inteligencia se turba y reconoce al punto su debilidad.

“Escoltados de los tres hermanos entramos en la cabaña de Job, (este era el nombre del padre de familia.) Sentado sobre una antigua arca, delante de una mala cama, tenía en sus rodillas á su cuarto hijo y le mecía dulcemente.

“La ama de gobierno presentó á Natividad el único asiento de la casa, y el enfermo quiso levantarse para cedernos su lugar en el arca. Nosotros nos opusimos. Andres se sentó junto á él y yo en una gran piedra que servía al fogón.

Al rededor de nosotros todo revelaba la mas completa miseria. La cama, el arca, el asiento de que acabo de hablar, dos ó tres colchones

de paja, el telar del marido y la rueca y el debanador de la muger, algunos vasos de barro, he aquí todo el mueble, toda la riqueza de la habitación.

“Olvidaba una cruz formada con dos ramas de acebo y colocada entre el fogon y la cama principal. Sobre ella, la yerba de San Juan oculta en un hueco habia echado raices, y tapizado este lugar del antiguo muro, con sus velludos y verdes brazos.

“La vista no encontraba allí mas que un poco de vida y de esperanza.

“Job no advirtió absolutamente nuestra penosa impresion; habia reunido sus cuatro hijos vestidos casi de harapos y nos los mostró con orgullo.

“Con los ojos radiantes de una indecible expresion de gozo, besa la frente morena y los frescos carrillos de su hijo último, destinado, sin duda, como él, á una miserable existencia. Su muger se inclinaba hacia él; ella admiraba la belleza del niño y ocultaba lágrimas de placer bajo su cofia de tela ordinaria.”

“Vosotros me compadeceis, nos dijo Job, que habia adivinado nuestros pensamientos; vosotros me compadeceis y, en efecto, el valor me ha abandonado algunas veces. Las grandes fábr-

cas nos arruinan, el precio de los tejidos baja cada dia mas; apenas encontramos trabajo.

“Cuando viene la enfermedad no tenemos mas recurso que la piedad de los demás. Sin embargo, el buen Dios se acuerda de mí. Mi esposa me ama tanto como si fuera un noble caballero; estas niñas crecen y se desarrollan; rara vez estamos enfermos, y jamás nos ha faltado el pan. Cuando hago correr la lanzadera en la trama, me siento mas triste que de ordinario, y tengo cuidado de rodearme de mis hijos y hago cantar á mi esposa. Entonces mis inquietudes se disipan, y me parece que muchas gentes ricas son menos felices que nosotros.

“Admiramos á este hombre bueno y sencillo. Me decia á mí mismo que debia de ser mucha la dulzura de la vida de familia para consolar tal indigencia.

“Job prosiguió:

“Si en lugar de vivir aquí, habitara una ciudad, me resignaria mucho menos á mi pobreza; porque es mas difícil soportar el desprecio que las privaciones, y en la ciudad se desprecia á los pobres.

—¿Es posible? dijo Natividad. Y sin embargo yo he sabido cosas demasiado tristes acerca de los habitantes de las ciudades.

—Te queda mucho que saber todavía, replicó Andrés. A los ojos de la mayor parte de los hombres la pobreza es más odiosa que el vicio mismo, y el que está contaminado de ella es tratado como Pária.

“Un gran poeta decía, hace más de dos siglos: Cubrid el vicio con una armadura de oro, y la lanza rigurosa de la justicia se hará pedazos sin abollarla; pero cuando no tiene para defenderse más que harapos, un pigmeo la traspasa con una paja.

—“La religión cristiana devuelve su dignidad al pobre, exclamé yo, y olvidarlo, sería lo mismo que rechazar toda la nueva ley.

“Las más ilustres familias, al remontarse algunos siglos al pasado, llegan siempre á unos padres desconocidos, pero no sucede lo mismo con el pobre, su blason está en el Evangelio; es el hijo primogénito de Jesucristo, del que fué, del que es y será en toda la eternidad.

—“Como mis hijos, prosiguió Job, el hijo de Dios, nació en un establo; como yo, ha llevado los vestidos del trabajo. Había, sin duda, en Nazareth hombres que se creyesen superiores á él, y que se avergonzaban de visitar su taller. . . .

—“Amigo mío, interrumpió su esposa, crees tú que le haya faltado alguna vez trabajo y que se le hayan hecho reprehensiones injustas?

—“Creo, respondió Job, que él ha aceptado todos los sufrimientos del obrero, como ha tomado sobre sí todos los de la humanidad entera. El conoce al hombre, su sed, sus humillaciones y aun el desaliento, porque fué necesario que un ángel descendiera del cielo para sostenerle.

“Siempre acariciando á los niños, Natividad escuchaba.

—“Al menos, dijo ella con justo orgullo, los pobres son amados y respetados en nuestras campiñas.

—¡Oh! Natividad, respondió á media voz uno de los niños, robusto mozo de más de diez años, se les ama mucho más todavía del otro lado del río!

“Natividad pregunta qué quiere decir aquello, y la conversación se hace menos seria.

“O yo estoy muy engañado, dijo el tejedor, ó este niño hará carrera. No será ignorante como yo. Ya sabe leer y siempre procura aprender. Se hace contar historias que nos repite en seguida:

“Y es una bendición oírle, agrega la madre juntando las manos y con los ojos llenos de lágrimas.

“El padre continúa dirigiéndose al niño.

“Vamos, Pedro, explica tú mismo á Natividad, por qué las Leonards de las torres del Elorn te parecen mas caritativas que las Cornouaillais”

“Pedro, despues de haber hecho muchos gestos, nos contó una leyenda divertidísima que habia aprendido de los pescadores de Kerhor, y que nos hizo conocer por qué razon las innumerables rocas de este lado han sido nombradas *Cuajadas del diablo*.

Adrian iba á continuar su historia.

“¿Por qué, le dije, no nos repites esa leyenda?”

“Por fantásticas y atrevidas que sean estas tradiciones populares, son siempre interesantes y casi siempre se les encuentra alguna verdad oculta. Contadnos, os lo ruego, la historia de estas rocas tan vecinas á mi cuna. Es vergonzoso para mí el no conocerla todavía.

—“Tiene al menos el mérito de ser corta, respondió el marino. Por lo demas, tengo cosas demasiado serias y tristes que contaros para rehusaros esta diversion.

Un dia el enemigo de los hombres, fatigado de oír proclamar la hospitalidad y la caridad á los Bretones, resolvió hacer un viage á Bretaña, y ver por si mismo si nosotros mereciamos nuestra buena reputacion. Por caminos conocidos de él, llega á la costa en que estamos y tomando el vestido de lienzo, la alforja y el baston del por-

diosero, llama á la puerta de un viejo pescador. Este ocurrió, y luego que vió al espíritu del mal, le reconoció apesar del aire suplicante, de su voz doliente y de sus fingidas oraciones. Hay siempre en la persona del mentiroso, algo que le traiciona. “Entrad,” dijo el anciano. Pero cuando el ángel malo hubo puesto el pié en el lumbral, el dueño de la casa cierra violentamente la puerta, y por medio de este ardid, lo hace caer largo á largo sobre la arena. El falso mendigo se levanta magullado y prosigue su camino.

“Un poco mas lejos, tal vez á veinte pasos de aquí, percibe otra casa, era una hiladeria. Muchas jóvenes estaban reunidas allí, y rezaban el rosario, como se acostumbra hacer al comenzar su velada. El grande enemigo solicita una cama y unas limosnas; pero fué igualmente reconocido por los que estaban allí. Solamente que en lugar de maltratarle, se conforman con burlarse de él.

“Ya furioso, quiso hacer de nuevo una tercera prueba. Y en el lugar donde está ahora el *Passage*, entra en la choza de un barquero. Solo un niño se encontraba allí, este niño lo reconoce lo mismo que el anciano y las jóvenes.” “Hijo mio, dijo el mendigo ¿no teneis algo que darme?”

—“Si, ciertamente, respondió el pequeño pastor, tomando un poco de leche. El se la presentó. Pero era una leche tan detestablemente agria, que